

DE TODO LO CUAL DOY FE

Folio primero del Acta QUINTA

El cadáver yacía en mitad de la acera semejando un pelele abandonado tras una procesión festiva, roto y descompuesto, rodeado de su propia sangre y de los curiosos que se apelotonaban, absortos, en la formación de un círculo a su alrededor.

- Un varón, blanco, porta documentación a nombre de Emilio _ _ . . . - Fue el inicio de los datos aportados por el policía a su base central; mencionaba luego la indiscutible confirmación de su muerte por los sanitarios del SAMUR, que sólo precisaba la somera certificación legal del forense y el permiso del juez para apartarlo del, entonces, barullo acordado. Constituía ya un estorbo, un espectáculo innecesario así, tapado con una sábana rojiblanca, un bulto protagonista de cuchicheos y juicios sin fundamento.

Una billetera de piel, seminueva, extraída del bolsillo interior de la americana, albergaba poca información aparte del D.N.I.: una foto carnet del interfecto, otra de una señora rubia de semejante edad y dos más con los rostros alegres de unos muchachos, sus hijos quizás; completaba el escaso bagaje un resguardo de recogida de un traje por valor de treinta y cinco euros en una tintorería próxima y un billete de cinco euros; ni tarjetas de crédito ni de visita en los diferentes compartimentos. El muerto estaba desprovisto, en ese preliminar cacheo, de anillos, pulseras, cadenas, reloj, teléfono móvil, llaves de vehículo o de una vivienda; nada que añadir a lo recabado y etiquetara provisionalmente en una determinada escala social al sujeto.

La usual inspección (sin profundizar mucho) de los especialistas resumió en su informe detalles concretos como la extraordinaria limpieza del cadáver, el pelo aún húmedo, el olor a desodorante y colonia fresca, la pulcritud de la ropa de calidad lavada y planchada, el rasurado a fondo, que contrastaban con el deterioro de un calcetín expuesto a la indiscreción popular tras privarse del zapato en el impacto; tampoco cuadraba la presencia de tal individuo en esa zona marginal de la ciudad y que ninguno de los presentes se prestara a reconocerlo salvo de vista.

- Se tiró desde la ventana del quinto piso, sí, ésa que está abierta, . . . , no, no era de por

aquí, . . . , apenas se relacionaba con dos o tres del barrio, . . . -corroboraron unos cuantos testigos, los más atrevidos entre el maremágnum de comentarios que desbordaban la atención de los investigadores en un intento de recabar el máximo de testimonios verosímiles.

- . . . se alojaba en este hostel, sí, habitación 506, sí, y hoy era el último día de estancia. Sí, sí, un señor muy amable, un tipo de categoría no un cualquiera, hablaba poco y siempre se le veía serio y metido en su mundo. Sí, ayer marchó como solía, a eso de las ocho y media, y volvió una hora después con ese mismo traje de chaqueta puesto; y hasta ahora. No, no bebía, no recibía visitas ni esperaba a nadie, pasaba mucho rato metido en su cuarto; entre usted y yo (la voz queda, suspicaz), creo que se quería quitar de en medio y se comía el coco tramando el cómo y el cuándo; sí, me apuesto un completo a que sí; por lo general iba descuidado, me refiero a llevar la misma ropa. . . , no, ésta no, y salía poco, a comprar algo de comida y buscar periódicos atrasados; sí, pagó por adelantado los diez días, trescientos euros más I.V.A., está . . . , bueno . . . , estaba perfectamente registrado; trajo una maleta, sí, me acuerdo bien, una de éstas modernas con ruedas y asa plegable, de las caras, rellenó la tarjeta de admisión y no le volví a ver el pelo hasta la mañana siguiente; se levantó temprano, me pidió la prensa, también me acuerdo, sí, y la situación de un bar donde sirvieran churros y no cobraran mucho; una persona correcta y educada, sí, seguramente arruinado, no le pegaban los modales de señorón con las trazas que gastaba, ¿sabe usted?, . . . - una apreciación interesante del recepcionista y dueño de la hospedería antes de traspasar la puerta con el rótulo 506.

El resbalón cedió al girar el picaporte y abrieron sin necesidad del paletón maestro; la llave y su toscó llavero de chapa se ajustaban en el lado opuesto de la cerradura. En el interior se apreciaba un orden completo, se diría que inusual, extraño, limpio, la cama hecha, el baño recogido y en sus estantes un peine y un neceser rígido con diversos útiles de aseo, las toallas dobladas incluida la última en usarse, mojada y colocada en un taburete de plástico; encima de una silla, a los pies de un espejo de pared, se veía un sobre con la indicación *Al Sr. Juez*, junto a unas gafas de diseño plegadas bajo las cuales quedaba atrapada una fotografía mediana, bocabajo, que mostraba la fecha 16-08-2002 y una dirección: Camping de Laredo, Cantabria; el anverso atrapaba en primer

plano a dos niños radiantes montados en un pony y a una mujer, indudablemente la madre, sujetando las bridas, igualmente ilusionada, feliz; tal vez sus seres más queridos, alusión permanente de una lejana conjunción familiar plagada de dicha previa a un desenlace trágico, recuerdo de un periodo sin agobios, hurtado al álbum del pasado: las facciones de los integrantes, aun alejados en el tiempo, coincidían.

El ritual de los suicidas; forma de actuar cuando la solidez de la resolución es patente y se intentan producir los menores incordios posibles, como solicitando comprensión y excusas por las molestias ocasionadas; tal y como consta en diversas *teorías de la autodestrucción* promulgadas por eminentes psiquiatras: la conducta humana y sus desequilibrios, un laberinto sin esclarecer; hasta ahí todo encajaba, la improvisada hipótesis contemplaba que aquel pobre desgraciado se había matado al no poder superar la previsible ruptura de una relación sentimental y filial, algo habitual en esta época; la preliminar conclusión para enviar al juzgado.

Un registro superficial de la estancia aportó una paradoja por la confección de una segunda probabilidad según los expertos: raptos de locura totalmente contrarios al orden primario y ocultados como un irremediable foco de expiación de sus manías asépticas; el armario empotrado contenía únicamente papel disperso en su base sin guardar estados de armonía: a la derecha una columna de distintas publicaciones perfectamente dobladas y dispuestas cronológicamente desde la primera hasta la última de hoy; a la izquierda un montón de folios garabateados con fórmulas ininteligibles y extraños dibujos, la mayoría arrugados, fruto de la frustración, la no superación de un caos íntimo mediante la lógica de la exactitud matemática, la desesperación por no alcanzar el desarrollo pleno de una ecuación vital; coronaba la cima una gruesa carpeta de anillas repleta de polinomios algebraicos, comentarios y tachaduras; tarea para los técnicos de la Policía Científica. El cajón de la mesita albergaba un reloj Rolex, clásico, de oro, con la frase *Con cariño de Elena* grabada en el inferior de la caja, un bolígrafo Montblanc igualmente chapado en oro, una pequeña radio con auriculares y unas pilas de repuesto. Al examinar el alojamiento con más minuciosidad se localizó un gorullo de papel bajo la cama: el recibo al cliente de una casa de empeños datado ayer en el que se detallaba un montante de cuarenta euros por la venta de un trolley azul grande marca Gucci, un

paquete de ropa vieja y una afeitadora Philips en buen estado. Indicios complementarios que adjuntar a un asunto en el que no merecía la pena indagar lo preciso para sacar a la luz temas escabrosos de indeterminado provecho, no se advertían signos de lucha en el escenario y un elemental análisis objetivo daba a entender la comisión de un acto consciente y voluntario de defenestración por parte del fallecido. Es más, el individuo en cuestión actuó como si no quisiera importunar a nadie, como si pretendiese facilitar la banalidad del trasunto de su albedrío a los ajenos para que no se inmiscuyeran en los avatares de su bajada a los infiernos, para que no indagaran en la indignidad de tan truculento episodio, para no escarbar en la incomprensión, para privar a la fatalidad de coartada.

.....De lo que doy fe.....

Lo crucial se consumó durante el permiso indefinido decretado por la junta directiva para ponderar, adujeron, los acontecimientos producidos y posicionarse convenientemente ante la previsible crisis que se avecinaba.

No dolió tanto la suspensión de actividad en los centros de ensayo como la expulsión del domicilio conyugal tras la orden de alejamiento propiciada por los abogados de Elena. Una separación dura, premeditada, mal aconsejada, sin anteponer remedios a esa etapa de malentendidos y contradicciones, donde la equivocación de unos gritos y una bofetada incomprensible fueron el detonante de una cascada de ofensas y desafíos a cual mayor, consumada con la irrupción de un radiopatrulla y una ambulancia excesiva; un arrebató de furia inadmisibile, el pasaje de un delirio impensable en él, siempre comedido, siempre dueño de sí mismo, sin perder el control de sus actos.

Irse apenas con lo puesto, la urgencia del abandono y el rencor en el semblante de ella envalentonada tras la autoridad uniformada de los policías ejecutores; los chavales alejados preventivamente, por si acaso la locura del padre se volviera contra ellos (¡peores casos se han visto!), por si acaso los convenciera y al drama se unieran voluntades no autorizadas y desestabilizadoras, por si acaso esas lágrimas suplicaran posturas irreconciliables y ablandaran caracteres hábilmente enrocados. Ni siquiera dinero, ni el coche para malvenderlo, ni atisbar la manera vencible de solventar estas discrepancias pasados unos meses, ni un triste adiós, ni la perspectiva de arreglo; nada.

En el control de acceso le cortaron el paso: lo siento, órdenes de arriba hasta nuevo aviso; se pondrán en contacto con usted para explicarle los términos de la actuación y notificarle el despido si acaso procede.

Sólo un amigo, quizás el único en el infortunio, el terrible Andrés, se preocupó por él. Le detalló a grandes rasgos lo sucedido en la reunión del comité ejecutivo y las medidas adoptadas, no cabía otra actitud, ¿lo entendía?, se trataba de algo muy grave y los directivos obraron en consecuencia para contrarrestar la contundencia del golpe encajado. Sí, de acuerdo, le bajaría los objetos personales de su despacho y el voluminoso cuaderno donde guardaba la totalidad de apuntes relativos a las operaciones realizadas hasta la fecha; sí, por supuesto, ya lo sabía, no terminaba de fiarse de los ordenadores y del piraterío de los bancos de datos; en el tercer cajón de tu mesa, sí, no está cerrado,

claro, todo el mundo es bueno, hasta los que te apuñalan por la espalda. Cógelos, quinientos euros, me los devuelves cuando esto se haya superado, nos reiremos entonces como si nada hubiera pasado; no te dé corte pedirme favores. Suerte, Emilio, permanece en contacto conmigo.

Andrés, ascendido a raíz de, jefe en sustitución de; ninguno mejor, digno sucesor.

Desaparecer donde nadie lo encuentre, repasar los cálculos uno a uno, dedicarse a progresar con los esquemas definitivos aun con el agravante de no contar con los medios adecuados, encerrarse día y noche y pensar, deducir la formulación exacta y enviársela al presidente y su gabinete de administración como aval de que todo lo acaecido componía un complot, una artimaña elaborada por la competencia para desprestigiar a la entidad y frustrar el lanzamiento de esa excepcional primicia.

Madrid, ningún otro sitio para pasar inadvertido como Madrid, en una barriada humilde, un hostel barato, la paz necesaria, y trabajar, y olvidar, y trabajar, y reiniciar, y no recordar, y esclarecer . . .

.....De lo que doy fe.....

A su domicilio llegaron las advertencias del dilema en que se debatía con un mes de separación, depositadas en el buzón sin el preceptivo franqueo de Correos; los treinta días constituían un margen temporal muy estudiado para que el destinatario pudiera asimilar el mal trago de la antecesora misiva y, así, estar prevenido a la hora de recibir la andanada de gracia con la remisión de un segundo envío, donde se envolvía una veintena de instantáneas más comprometedoras y trascendentes, desprovistas del recurso a un íntimo perdón porque se dirigieron directamente a la línea de flotación del matrimonio y, lógicamente, propiciaron el naufragio del bienestar, de ese crucero maravilloso en el que se desarrollaba la travesía marital con la chica de sus sueños y los dos magníficos vástagos nacidos de su unión.

La primera remesa estableció la vanguardia a la sensacional bomba periodística del día posterior. Contenía cinco fotografías a color tomadas a larga distancia con un teleobjetivo en las que, anteponiéndose al fondo borroso de un parque, se le veía a él recibiendo de otro individuo un sobre mediano repleto de propaganda irrelevante acerca de la conveniencia de invertir unos miles de euros en acciones tecnológicas, nada del otro mundo. No comprendía a qué podía deberse tal revuelo si desestimó la oferta hacía ya dos meses por juzgarla demasiado arriesgada, incluso a corto plazo, a causa de los vaivenes de ese tipo de participaciones financieras en las bolsas internacionales. Se le distinguía con nitidez, en tres fases: recogiendo el envoltorio, escudriñando en su interior y, en la tercera, despidiéndose del emisario, un intermediario bursátil a quién había conocido a través de operaciones y citas por correo electrónico y en quién asentó una confianza absoluta.

El desconcierto sobre el tema se evaporó al leer los titulares de un rotativo de tirada nacional en la mañana siguiente, al observar el conjunto de imágenes suyas agrupadas bajo grandes letras impresas donde se exponía, en un lenguaje bastante descortés, el monumental escándalo motivado por la venta de sofisticada información clasificada a una compañía rival (sin especificar nombre ni titularidad), y la explicación al pie de realizarse (según informan nuestros corresponsales) mediante sobornos efectuados al ingeniero . . ., (aquí sus iniciales), inventor de un innovador sistema . . ., a quién se identifica en el momento de serle entregado el pago a su traición.

¿A qué venía ese ataque tan miserable sin razón?; era completamente errónea la noticia, una falacia intolerable, estaban manipulando vergonzosamente su buena reputación al implicarle en un turbio asunto de deslealtad; ¿qué pretendían con airear tal mentira si apenas había trascendido la consecución de metaloides más eficaces?, ¿desvirtuar lo conseguido, ensuciar la perseverante tarea de tanta gente comprometida con las metas establecidas, hundir a la multinacional con semejante trola, manchar su dignidad?, ¿a quién beneficiaba ese ultraje?, ¿iban a por él directamente?, ¿por qué?, ¿qué consecuencias se derivarían para él y para el consorcio al que dedicaba su celo generosamente?, ¿redundaría en su futuro? La perplejidad abotargó sus pensamientos, demasiados interrogantes, montones de rompecabezas para desentrañarlos de un tirón; tampoco supo encajar las piezas esenciales que durante el pasado medio año, muy bien disimuladas, se le aparecieron en el devenir de su vida sin aparente razón.

El trayecto hasta las instalaciones científicas, en los turnos sucesivos, fue un penoso calvario de maliciosas reservas y solapados comentarios injuriosos; sus propios ayudantes, hermanados en la apología del éxito colectivo, se convertían en potenciales verdugos achacándole con sus miradas y distanciamiento haberse corrompido por las treinta monedas de plata que recibió el Iscariote.

La convocatoria a consulta por parte de la empresa no se hizo esperar; alegaciones desoídas, culpable aunque se demostrara lo contrario; de nada valieron las negativas y la manifiesta fidelidad, la presunción de inocencia ni siquiera se citó. Extraoficialmente llegó la confirmación del pase de un importante técnico electrónico a los adversarios; imposible consentir la deserción, estaba en juego el buen nombre de la sociedad y la perpetuación de la compañía como líder destacado en el sector estratégico de la conductividad.

Fue apartado temporalmente sin siquiera computar sus años de completa consagración, así como desestimada su petición de averiguar la falsedad de las acusaciones y al autor encubierto de las mismas: su palabra de honor carecía de apoyos bastantes ante evidencias calificadas de concluyentes; la dirección se vio comprometida a salvar su imagen y cortar por lo sano: un peón se sacrifica ante la perspectiva de una derrota o para obtener la victoria tras dura pugna con el contrincante; los escrúpulos se desprecian en el tablero de la su supremacía mercantil; la integridad física o moral de un miembro del

equipo sólo cuesta la idoneidad de su movimiento en la liza; miedo a los excesivos riesgos en la volatilidad de los inversores, la consolidación en las plazas europeas y americanas y la justificación de autoridad interna para resolver el problema rápidamente rentabilizando las pérdidas; solventar la cuestión con el menor desgaste; la guerra antes que una batalla sin opciones. Se sintió repudiado por sus jefes y colaboradores, su crédito puesto en entredicho y sin aspiraciones de que le adjudicaran un empleo acorde a sus méritos, señalado con el dedo de la iniquidad. Nadie apeló a la justicia, huir de la probabilidad de confundir opiniones: Roma no paga traidores. Lo habían marcado como a un malhechor sin derecho a réplica, una invisible flor de lys tatuada en el hombro subyugado de su honor profesional (puta tirada en el callejón de las envidias), y el complejo programa de investigación criogénica se vio truncado de raíz.

Su móvil anunció una nueva llamada, pantalla en blanco, titular desconocido (incidencia ya teñida de habitualidad): la proposición se mantenía en pie; agregaba el complemento de obrar las consecuencias de su cerrazón en un perjuicio irreparable caso de no recapacitar. Le concedían una prórroga de cuarenta y ocho horas antes de recibir el tercer y definitivo aviso que pondría en sus manos el desenlace de esta pesadilla; todavía le prestaban, magnánimos, una especie de salida decorosa para enmendar su disposición y recuperar la tranquilidad en el bando proponente; igualmente el consejo de no hacer tonterías y callar: le vigilaban constantemente, sin trucos, sin declaraciones.

No. Decir no por convicción apelando a su honestidad; una persona de ley no se vende al mejor postor como un vulgar caballo o un coche de segunda mano; esto no podía estar ocurriendo en España; la desesperación por no despejar la pesadilla, por no hallar en esta bruma el pasillo por donde escapar y volar al encuentro de la verdad, recuperar intacta la realidad evadida. Un no bastaría; o mejor la callada por respuesta; determinación firme; no hay asuntos que pactar, la incorruptibilidad por encima de la riqueza, el orgullo de ser libre; denunciar este chantaje, protegerse (¿de unos enemigos inciertos?), no insistirían si se revelaba inflexible, plantarles cara, únicamente disponían contra él de unas fotos, ni papeles firmados, ni promesas incumplidas, ni contratos, ni contactos, ni grabaciones, ni . . . Un rayito de optimismo atravesó la niebla de su desconcierto; escampaba la tormenta en su pronóstico. Respiró profundamente y cerró los

ojos; tragó un nudo de vacilación y creyó liberarse de una opresión asfixiante.

La segunda entrega era más abultada; en lugar visible una cuartilla escrita con letras mayúsculas, tipográficas, daba a leer la exculpación de los remitentes traspasando la responsabilidad de los sucesos venideros al destinatario; el colmo de la humillación. Al igual que la precedente, acogía fotogramas de película, veinte en total, tomados desde un ángulo en picado en las se exhibían diversas posturas de una pareja en plena trance amoroso, y otra distinta donde se fijaban los preparativos para consumir *polvo de ángel*, el rostro femenino fuera del encuadre, la figura del hombre detrás, en un plano distorsionado, desnuda, tendida sobre el lecho. Se le cayeron en un estremecimiento y un palpito le alteró el equilibrio al reconocerse junto con Mabel, aquella explosiva rubia a la que no había vuelto a ver después; una pasión fugaz traducida en una noche de turbación y sexo que elevaron su decaída veteranía hasta niveles rayanos a la juventud. El corazón activó celos y sudores fríos, la adrenalina allanó despeñaderos de vértigo; el gran angular recogía casi por completo el dormitorio del reservado *meublé* en la parte antigua de la capital, una especie de coqueto *boudoir* al que le llevó esa *femme fatale* para cimentar la consecución de unos propósitos que ahora se le agolpaban en el cerebro, crueles, cerrando un círculo de insospechados efectos: trampas, un complejo entramado de trampas con la finalidad de hacerle caer por no participar de las ansias de poder de unos personajes insensibles e innobles, por desestimar esa imposición tan miserable.

No alcanzó a vislumbrar el remate de tal montaje; Elena, su esposa, recibió idéntico paquete en su consulta del hospital comarcal. Conservaba intacta la fe en su marido, prácticamente igual desde el primer día que se conocieron, y le respaldó ciegamente en la convicción de que la atribución de las filtraciones tecnológicas era un bulo y él no mentía, pero esta sucia faena borró su credibilidad trocándola en asco y aborrecimiento, se soltó el encadenado fantasma del adulterio y supuso la culminación de las peores sospechas con tanto viajecito a Madrid, la constatación de que a Emilio le había perturbado su capacidad mental tanta responsabilidad y cayó a los umbrales más ínfimos de comportamiento; esto no podía ser tolerado, pues dejaba su honra y el noble apellido de sus ascendientes en una encrucijada muy desagradable. Ya no le permitió hablar, defenderse, implorar compasión, lloró en la soledad de la alcoba y resolvió, aplacada la furia de

una agresión inaceptable, que tal infidelidad era suficiente para acabar con quince años de casamiento. Atmósfera irrespirable en la desoladora amplitud del chalet rebosante de desprecios y distanciamiento; los hijos al tanto, aliados a favor de la madre, enemistados con el progenitor causante; el roce cotidiano llevado a la lejanía extrema, conexión de insultos como simples diálogos. Los abogados acechantes para abalanzarse al menor descuido. Se iban cumpliendo los peores augurios.

.....De lo que doy fe.....

Mabel. Fue el nombre de presentación tras el encontronazo (un tropezón fortuito, sin deliberada mala intención) y la subsiguiente disculpa. La carpeta con su relleno de folios y notas desparramada por el suelo de la cafetería. La gentileza en ayudarla, el agradecimiento por parte de la joven, bella, muy bella, adentrada en esa edad imprecisa que hermosea seductoramente a la mujer, de ojos turbadores varados en los suyos que se hacían agua al contraluz de sus lentes de miope y le incitaban a ahogarse, a no respirar siquiera en ese accidental lapso,

- Encantado; Emilio, pero puedes llamarme . . ., cuando quieras.- Soltó sin mucho recapacitar, tratando de caer simpático, la gracieta oída a un compañero de fatigas, Andrés, el gran Andrés, al desmenuzar una de sus batallitas de fin de semana.

El pertinente café, las historias resumidas de sus vidas contemporáneas: gestora en unas oficinas de seguros ubicada allá, en el edificio alto de la glorieta (¡caramba!), y yo ingeniero físico, así como suena, con esta pinta de ejecutivo agresivo venido a menos (¡muy interesante, quién lo diría!). Las prisas por recuperar un pedacito de tranquilidad, un respiro de veinte minutos que sobran para repasar la idoneidad de una póliza entre sorbito y sorbito sentada en cualquier mesa libre, ya ves; ¿vienes mucho por aquí?, no te había visto antes; visita ocasional, suplencias, dos o tres semanas nada más, lo mío está en Arturo Soria, procuro pasar desapercibida, hay mucho moscón suelto, ¿comprendes?; ¡claro, claro, naturalmente!, me hago cargo perfectamente, perdona si soy inoportuno. La impresión virtual de aparentar un *baboso*, preferible la rectificación y exhibir su genuina educación en universidad inglesa, un perfecto *gentleman* aunque ya no se lleve y parezca un *carca*; encantado de conocerte. Y ella le reclama por su nombre, no, perdóname tú a mí, el estrés me confunde y me vuelve odiosa, te ruego me acompañes, ¿te apetece un cortado? Dejar hacer, barquito de papel en la corriente de una emoción afectiva renacida. La conversación teñida de intrascendencia pero que garantiza el reto de profundizar en esa personalidad atractiva, de perder la fe y permitir ser atrapado admirando las facciones de tan sorprendente ninfa surgida entre ese mar de semejantes ahí afuera, de paladear su sensualidad, de centrarse en esa elegancia connatural, femenina, de emborracharse con recreaciones obscenas (publicidad subliminal) y recuperar ese cosquilleo de colegial ante la expectante llegada de la profesora idealizada (párvulo amor platónico), el retorno a las

prácticas abolidas de un conquistador novel traspasados los cuarenta y carentes de utilidad ya por su desfase; o, al menos, eso creo.

Mañana continuamos; la obligación de ambos para irse y quedar, ¿existen los flechazos a primera vista?, ¿cautiva el amor a la carne o es al revés? Tribulaciones intermitentes durante el transcurrir de las horas contadas, allí como un clavo, oteando por encima de cabezas ajenas y en las taimadas revelaciones de los espejos su pronto acercamiento, inmerso en la creación de una novela rosa engalanada con ribetes de duda y un interlineado de misterio atrayente, de un sinfín de páginas. Sólo permaneceré una semana en la capital, arreglando los asuntillos burocráticos y exponiendo a la directiva los avances de un proyecto muy complicado, y para sacarles a los gerentes una *pelillas* extras, je, je; la *prima donna* de la atracción a escena; luego la vuelta al polígono de pruebas y al hogar aledaño, reanudar los experimentos, los hábitos y su insulsa monotonía. Cinco jornadas mensuales de liberación que son otras cinco de enfrentamiento con la vorágine de coches y gentes pugnando por no salir del anonimato grupal, somos animales gregarios, ¿verdad?; con la ilusión en las restantes cuatro de descomponer la rutina de su existencia y tentar al demonio de la *canita al aire* aunque no sea de obra y sí de fabulación, la sensatez domina sus actos y se considera un hombre cabal en todos sus contratos y cumplidor de la palabra dada, por Elena, por sus hijos que merecen lo mejor, pero . . ., ¿y si fuera . . .?, ¿únicamente una vez? . . ., ¿probar la fruta del árbol prohibido? . . ., ¡no, taxativamente no!

Las sonrisas de los reencontrados, el saludo con dos besos inesperados y la turbación en él agasajada con un delicado aroma de lilas, ¡qué agradable instantánea!, el ligero temblor de las manos mal disimulado apartándolas de la barra, deladoras escondidas velozmente, el carraspeo nervioso antes de hablar, la mirada insistente que pugna por adentrarse en el balcón de un escote entreabierto deliberadamente en una camisa contrastada con la piel bronceada, la dulzura de una voz armoniosa destrozando los fundamentos de su serenidad (Emilio, Emilio, *quo vadis?*), los celos ante las dedicatorias lascivas de los demás en torno suyo que no quiere escuchar, la desazón que él también padecería por ocupar ese puesto siquiera un par de minutillos y aspirar el ámbar de tan seductora flor.

Un torrente de confidencias aparta prejuicios y libera la espontaneidad, risas, aflojamiento de pareceres prácticamente idénticos, el carácter similar, los mismos gustos, las mismas tendencias, el adelanto de una mano pionera superponiéndose a otra que se esconde y asoma tomada por la sorpresa; niña mala, ¿por qué abusas de los conquistados?, ¿por qué envenenas el vigor de tus presas? Un besito de justificación modelado muy cerquita de los labios; el café se enfría, atestiguaría su excitación mover la taza; unos dedos trémulos no paran de girar la alianza de oro perpetuada durante tres lustros en el anular derecho, ¿interviene de oficio la conciencia, la blanca señora que teje los remordimientos?: lo siento, estoy casado, a punto de confesar el compromiso palpable en su dedo, pero su boca detiene el intento y la razón se le nubla con los ojos extraviados en el parquet del establecimiento. Suena la sirena en el mutismo conjurado y se ahuyentan los lobos negros de la cobardía, tornar al quehacer, la prórroga misericordiosa de cinco minutos más (*la vida es eterna en cinco minutos*, según Víctor Jara), ¡estamos tan a gustito envueltos por este aura de espiritualidad!, el gesto amable del caballero escoltando a la dama, no hace falta que te molestes; ¿vendrás mañana?, una osadía de la que no se retracta y eso le agrada, dosis de morbo: el sabor adictivo de lo clandestino, la acidez viciosa de lo vedado, el triunfo para los valientes; y le asusta igualmente, caramelo amargo: lo incierto del resultado, la expulsión del paraíso, fuego en las manos, cuerpo y deseo en la reciprocidad con otro hombre imaginario al que burlar; puntual, como hoy; la permitida caricia de unos labios entusiastas sobre el carmín apetecible que sabe a poco y ambiciona convertirse en anticipo de muchas otras, en toda esa fisonomía de ángel terrenal (¿tienen coño los ángeles hembra?). Sin lugar a despedidas, equivaldría a fracaso, abjurar de ella; en su puesto la coincidencia insistente de unas miradas anhelantes sorteando el tráfico de peatones y vehículos. Corazón acelerado, un tren de renovación se detiene en tu vida para llevarte a realizar una excursión apasionante, la oportunidad de subir en marcha y bajarse en la próxima estación o completar el recorrido sin alternativa de marcha atrás. Rechaza convencerse de su enamoramiento y pierde el envite gustosamente; sí, con la debida cautela, por supuesto. Sabrá retirarse, renunciar al sabor de otra carne, siempre ha actuado de una forma lógica, no existe ningún temor que pueda perjudicar su estable relación con Elena; una aventurilla intrascendente, una partidita fulera sin con

secuencias desastrosas para el patrimonio doméstico. Tres días en lontananza, ninguno sabe nada acerca del otro, reserva absoluta, la privacidad proporciona seguridad, no ha de cundir la alarma. Quizás la táctica fuera de tantear si el engaño también lo sufre la parte contraria, de estar dándose a otro incauto como él, aunque no interesa la opción, cada cual es libre de comportarse según su criterio. Se tranquiliza en un intervalo de la conversación: no estaría dispuesta a aguantar a un hombre una larga temporada, sois todos unos egoístas y os puede la idea de posesión, sólo sabéis mirar de la bragueta para adentro; le acude entonces la sensación fugaz de haberse transformado en materia de comercio con un precio irrisorio y, no obstante, consiente.

Les acoge un apartamento chiquitito, de solteros despreocupados; su amigacho Andrés lo definiría como picadero de orgías para nenas bien; no terminaba de descifrar cómo había recalado allí. La idea de cenar en ese restaurante italiano surgió de ella y no puso objeción (dominar o ser dominado); un sitio muy acogedor, sin aglomeraciones; media docena de parejas intimándose tras la discreción de unas celosías, iluminación de velas y lamparitas a baja potencia, música clásica de violines, romántica, en discrepancia con camareros disfrazados de gondoleros, muñecos sin originalidad; mesas redondas y manteles a cuadritos, pulcritud exagerada, huele a cera perfumada; un genuino *maître* de puntiagudo *mostaccio* confeccionó el menú: *rissotto* con setas, *ossobuco*, hojaldres en el postre, vino *cianti* y unos *amaretos* fríos como colofón, lo típico. Varios cócteles a continuación en un pub de una zona irreconocible y la invitación a tomar champán francés del auténtico en su ático. Aceptó complacido, pero rehusó de plano la invitación a meterse unos homenajes de coca (¡drogas no, gracias!), y esa noche durmió allí (apenas) despreciando la deprimente habitación del hotel.

Ducha rápida, los superficiales restos de sueño tragados por el desagüe, desayuno de cacao a la carrera y taxi a la sala de reuniones. Ella remolonea, hoy no, cogeré un día libre, pura justificación de la debacle física. La cita como siempre, a las once en el local de costumbre, no faltes, me destrozará el corazón; demostración de afecto especial que lo ordinario desestimó en el único amor hasta ayer, besos rejuvenecidos; nota el olor tibio de su conjunción en ella y en él que el agua caliente, sola, ha sido incapaz de despegar; en la duermevela de la ruta improvisada al despacho no florecen reproches

ni arrepentimientos, subsiste la resaca dulce de un atracón, el cansancio y la sensación externa de ir sucio así como la interior de cometer pecado alevoso aun conceptuándose no practicante; las constantes retenciones del camino acotan las progresivas fases del romance recién comenzado; se retrasará, no hay problema, su cara lo dice todo, le resbala lo demás; ahora le desborda, sagaz y cauto, la reflexión de que las expectativas del azar se cuelen por la criba de la sensatez y moderen el entusiasmo presente; una semana de cada cuatro en la que renacerá de su manoseada existencia, ave Fénix del amor, pero sin que lo mangoneen, exponiendo en plata lo que hay y lo que no ha de ser: no doblegar su entereza ni adentrarse en el abismo de una turbación temperamental en aumento.

El receso de las once consumía la mitad de su avance y Mabel no se presentaba; tampoco el teléfono memoriza una llamada suya ni responde a los mensajes sobrecargados de angustia; aborrece en su mente la conjetura de la desertión, prefiere estimularse repasando su dormir plácido en la cama compartida, contemplar idílicamente esa Venus desnuda a la que dedicó tantos mimos rescatados de una edad anterior, hermosa, observando su respiración sosegada como premio obtenido en la descomunal batalla de la satisfacción; el desasosiego no arrasa todavía los campos de su razonamiento.

El torvo asomo de la inquietud; la comprobación insidiosa de que el celular funciona correctamente y no se destaca el ilusionante distintivo de un SMS de entrada; la aprensión punzante de una calamidad o un embaucamiento; lo segundo no, fuera de toda lógica, una compenetración perfecta, tal vez excesivamente perfecta, la no negación de cualquier capricho, las insinuaciones materializadas, un repertorio completo de excentricidades más propias de una especialista porno y su cómplice, como si en aquellas horas extenuantes hubieran protagonizado una película X.

La búsqueda vespertina de los derroteros en este laberinto sin indicaciones, reandar los pasos en la bruma de una obcecación muy particular, trocarse en sabueso literario y husmear la estela de un duende tan material del que aún permanecían impresas huellas en sus sentidos más directos y que no se desvanecerían jamás. Lo siento, no existen oficinas de seguros en este inmueble; localizado el *ristorante: Sí, una signorina molto bella*, sin otro apunte halagüeño; indagar el después, ¿adónde me condujo tu atracción, ingrata?, exploración en taxi, ¿qué contenían las calles, las avenidas, los monumentos,

que me exigieran desistir del tacto de tu piel?, cuando su pecho era cabezal de plumas y aquellos dedos de seda adormecían las débiles suspicacias de una voluntad entregada, ¿qué referencias conservaba de los lugares transitados en la noche inaugural de las mil que anhelaba? *Niente, cuore mio, niente*; una aguja en el inmenso pajar de tanto Madrid ignoto, caso irresoluble, un sueño del que no despertar con un tormento constante en la memoria y en el alma. Insuficiente pista para desentrañar un enredo y un manejo de su ilusión, ¿motivos?: ¡quién lo sabe!, imposible adivinar.

Voluble, simplemente una mujer voluble, y él su antojo, o su víctima, o su captura en esa cacería de necios; tomó lo que le apetecía y cuando le apetecía para desdeñarlo después, exhausto, vacío de cordura; usar y tirar, como un pañuelo de papel en el fondo del cubo de la basura, un despojo; así se menospreciaba en el mediodía del viernes, la esperanza fenecida, su apasionamiento en el corredor de la muerte ambientado con las carcajadas lastimosas de otros enfebrecidos por idénticos cantos de sirenas, a punto de sucumbir ajusticiado por la inconstancia de un ser por el que se dejó atrapar sin fijarse en las consecuencias adversas, atraído por el desvarío. Una inyección letal de desconcierto sabiamente inoculada.

El refugio del hogar, dulce hogar, recomenzar periplo en el seguro navío matrimonial, el rumbo definido, menospreciando en el despejado horizonte la gradual deriva hacia el Cabo de las Tormentas; aguardando el remate de la ausencia semanal, la esposa preocupada por el aspecto sombrío, la culpa a la mayonesa del almuerzo, mareado, la vuelta fatal, los chiquillos a la espera de una nueva maqueta de deportivo o de algún videojuego guay que en esta ocasión no vienen de matute. La ideal inmutabilidad de este universo. Templados los vientos del norte y las intolerables coacciones que no amedrentan su espíritu por mucho que amenacen derribarle de su estable pedestal. Ojalá ninguna calamidad tuerza los destinos de los penitentes empeñados en no desviarse de la senda correcta para purgar su yerro. Bálsamo: la familia restañó viejas heridas de cariño y mitigó daños advenedizos hasta hacerlos apenas imperceptibles.

Acotación al margen: no contar jamás, odisea de desvarío confinada en enigma inviolable, no tocar. Un error y su justa enmienda. Confiaba en no tener que lamentarse.

.....De lo que doy fe.....

La prensa se nutre de anuncios enredosos y no importa en demasía el perjuicio a causar por la difusión de cualquier tipo de rumores tengan o no visos de realidad, la mayoría de las ocasiones sin confirmar y sin valorar suficientemente la fuente de origen. Es así. Si algo no concuerda basta con una reparación apenas creíble, unas líneas de la redacción lamentando el equívoco y santas pascuas. Y, si se acierta, la comenzada operación de zapa logra desestabilizar al intérprete directo de los hechos. Es el derecho a la información y pisotea las otras libertades particulares de cada ciudadano. Es así. La denominan el *quinto poder*; por algo será.

Nadie imaginó la funesta trascendencia de propagar la inminente fabricación de un revolucionario prototipo de aislante, un invento tecnológico realizado por eminentes científicos españoles dirigidos por el renombrado doctor en Física Emilio __ y financiado totalmente por estamentos autóctonos. Lógico, ¿a quién podía interesar un hallazgo revolucionario en la rama de la semiconductividad salvo a estudiosos o encantados de enorgullecerse por la creatividad nacional? Pasó desapercibido para el común de los lectores el aumento en la velocidad de conducción de los electrones en dispositivos de silicio, lo cual, al rebajar drásticamente la temperatura, contribuye a . . . Lo que no especificaba el artículo y su reportaje era la conclusión del proyecto, aún faltaba su observación fuera del laboratorio en condiciones ambientales no simuladas y su materialización efectiva.

El doctor Emilio __ gozó, a partir de ahí, de un respeto profesional y de una popularidad en los círculos científicos amplia y notoria; felicitaciones por doquier, hasta del mismísimo Presidente del Gobierno y el ministro del ramo; panoramas de superación, de despuntar definitivamente en el intrincado campo de las telecomunicaciones electrónicas (por fin servía para algo el tan manido I+D), la utopía de optar a un Nobel; aumento de remuneraciones, de categoría, dispuestos a todo para no desaprovechar un elemento humano tan valorado y las convicción de que sus conocimientos reportarán incalculables beneficios a la entidad, aparte de prestigio; temor latente al espionaje industrial y a la fuga de cerebros al extranjero, a la corrupción externa o interna; secretismo en cuantas operaciones y prácticas se hicieran en adelante; *homo homini lupus*, la máxima de Plauto aplicada al salvaje mundo de la oferta y la demanda.

No se inquietó con la primera comunicación al móvil; una broma de mal gusto por

parte de algún imbécil; le prometía medio millón de euros por la entrega de las correspondientes fórmulas y diseños. Se echó a reír y pulsó la tecla de colgar; el número emisor no figuró en el registro de llamadas entrantes. Se mosqueó ligeramente; él no sería capaz de promover una desconsideración semejante a un colega, porque muy pocos conocían la numeración de su teléfono privado.

La segunda acarreaba exigencias, juramentos con condiciones dañinas en caso no favorable y un aplazamiento extremo; se acabarían las contemplaciones y la paciencia.

Transcurridos dos días volvió a escuchar al bromista; esta vez el tono de voz sonaba amenazante; le emplazaba a ceder su patente con un sobreprecio aumentado un cien por cien; la última recomendación antes de proceder drásticamente contra él. Lo tomó en serio y le permitió exponer su razonamiento: un millón de euros a ingresar en un banco suizo, claro que entonces debería cruzar fronteras y buscarse el sustento en otro país fuera de la órbita de la Unión Europea; o bien fugarse con su proyecto al extranjero y recalar en una multinacional con un sueldo quintuplicado y el cargo de director de investigaciones. La oferta era insuperable por sus actuales patronos, pero tal trato comportaba ensuciar su honradez, etiquetarlo como traidor y provocar el hundimiento de la firma que había creído plenamente en su dedicación y en su capacidad creativa durante los años pasados sin esgrimir la más mínima protesta por los gastos generados; quedaba una tercera vía: hacer fracasar todos los planteamientos y mantenerse como estaba, pero eso resultaba impropio para un investigador especialmente activo como él, y frenaría de golpe su carrera y sus esfuerzos. Además, se convertiría en un criminal, un delito que conlleva pena de cárcel por revelar secretos con el agravante del ánimo de lucro; le quitarían lo obtenido y su estima se iría a pique de la noche a la mañana. Supondría la ruina total.

En el turno de respuesta correspondiente rehusó muy educadamente; aquello iba muy en serio, su interlocutor hablaba con calma midiendo el alcance de cada una de las propuestas: le habían colocado en la tesitura de disputar una partida muy peligrosa sin él proponerlo, en la cual de su habilidad y estrategia dependían los destinos de él y de sus hijos. Arguyó razones de integridad, lealtad, justicia, el dinero no le atraía y conceptuaba la fama como un fenómeno transitorio en las cambiantes novedades del siglo XXI. El reclamante cortó secamente sus desesperados razonamientos: si su decisión era la correcta

disponía de diez días para anunciar en un determinado diario la venta de la patente R/2345/05, repito, *se vende patente erre mayúscula, barra, dos, tres, cuatro, cinco, barra, cero, cinco*; caso de desechar este ofrecimiento tendrás que atenerte a las consecuencias.

Pasó el vencimiento, no trascendió ningún lance anormal; Emilio y sus allegados disfrutaban del éxito y en la corporación estaba todo preparado para lanzar los nuevos productos en el trimestre inmediato. La certificación del ultimátum se presagiaba olvidada, una insensatez propia de un chalado. Sin embargo, un poso de intranquilidad nadaba entre dos aguas en la actitud distante del personal de su entorno, en la intimidad de la vida hogareña y en los vestíbulos de su entendimiento, aunque no se inquietó.

.....**De lo que doy fe**.....

Erramún